

JAN KARSKI

HISTORIA DE UN ESTADO
CLANDESTINO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y DEL FRANCÉS
DE AGUSTINA LUENGO

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULOS ORIGINALES *Story of a Secret State*
y Mon témoignage devant le monde

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© Jan Karski Institute
© 2010 by Éditions Laffont, S.A., París
© de la traducción, 2011 by Agustina Luengo Ferradas
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Este libro ha recibido una subvención del Instytut Książki,
a través del programa de traducción © POLAND



Ilustración de la cubierta, fotografía de Jan Karski.

ISBN: 978-84-92649-94-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 8442-2011

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

DERROTA

La noche del 23 de agosto de 1939 asistí a una fiesta particularmente alegre, dada por el hijo del embajador portugués en Varsovia, Susa de Mendes. Tenía unos veinticinco años, mi edad, y ambos éramos buenos amigos. Él era el afortunado hermano de cinco bellas y encantadoras jóvenes. Yo veía con frecuencia a una de las hermanas y estaba muy impaciente por reencontrarme con ella esa noche.

No hacía mucho que había regresado a Polonia. Tras mi graduación por la Universidad de Lvov en 1935 y el tradicional año en el ejército, partí hacia el extranjero, a Suiza, a Alemania, y luego a Inglaterra, en pos de investigaciones en el sumamente interesante y erudito campo de la demografía. Después de tres años pasados en las grandes bibliotecas europeas, trabajando en mi tesis, perfeccionando mis conocimientos de francés, de alemán y de inglés, y familiarizándome con las costumbres de los países que hablan estas lenguas, la muerte de mi padre me trajo de regreso a Varsovia.¹

Aunque la demografía—la ciencia y la estadística de las poblaciones—fue, y aún lo es, mi asignatura favorita, lentamente se hizo patente que yo tenía poca aptitud, o ninguna, para la escritura científica. Demoraba y dilataba la finalización de mi tesis doctoral, y la mayor parte de mi trabajo se veía rechazada, por inaceptable. Ésta era la única nube—que me inquietaba poco—en el por lo demás luminoso y soleado horizonte que se abría ante mí.²

La atmósfera de la fiesta era despreocupada y alegre, y en cierto sentido hasta casi lírica. El enorme salón de la Legación estaba adornado con elegancia, si bien con un estilo un tanto romántico. El empapelado era de una fresca tonalidad azul y contrastaba con el oscuro y severo mobiliario italia-

no. Las luces estaban atenuadas y en todas partes había recargados jarrones con flores de largos tallos, que sumaban su esencia a los perfumes de las mujeres, alegremente vestidas. La compañía era agradable y pronto animadas y entusiastas discusiones se esparcieron por la sala. Recuerdo algunos de los temas: una acalorada defensa de las bellezas de los jardines botánicos varsovianos en contra de la presunta superioridad de los sitios rivales en Europa; un intercambio de opiniones sobre los méritos del reestreno de la famosa obra *Madame Sans-Gêne*; una que otra habladuría y las habituales agudezas cuando alguien descubrió que mis buenos amigos Stefan Leczewski y mademoiselle Marcelle Galopin habían desaparecido de la habitación—una costumbre que ellos tenían—. Apenas si se habló de política.

Bebimos vino y bailamos interminablemente, las más de las veces las ligeras y mudables danzas europeas: primero un vals, luego un tango, a continuación un vals figurado. Posteriormente, Helene Susa de Mendes y su hermano hicieron una demostración de los intrincamientos del tango portugués.

En el transcurso de la noche acordé varias citas para la semana siguiente. Finalmente, logré convencer a la señorita De Mendes de que yo era indispensable como guía por Varsovia. Quedé para almorzar y cenar con dos amigos, Leczewski y Mazur. Prometí encontrarme con la señorita Obromska el domingo siguiente, y más tarde tuve que excusarme, al recordar que ese día cumplía años mi tía. Debía telefonar a mademoiselle Galopin para acordar el momento de nuestra próxima salida hípica.

La fiesta terminó tarde. Las despedidas se prolongaron, y fuera varios grupos continuaron diciéndose adiós, citándose y haciendo planes para la semana. Regresé a casa cansado, pero tan colmado de embriagadores planes que era difícil conciliar el sueño.

Parecía que apenas había cerrado los ojos cuando hubo un fuerte martilleo en la puerta principal. Me arrastré fuera

de la cama y descendí los escalones, primero andando, luego echando a correr, enfadado, a medida que el martilleo aumentaba el volumen. Abrí la puerta dando un tirón. Un policía hosco e impaciente, de pie en la escalera, me dio una hojita de papel rojo, gruñó algo ininteligible y se marchó.

Era una orden secreta de movilización. Se me informaba de que debía partir de Varsovia en cuatro horas y unirme a mi regimiento. Yo era subteniente de artillería y mi destacamento tenía que alojarse en Oświęcim,³ justo en la frontera polaco-germana. Algo en la forma de presentación de la orden, o posiblemente por la hora en la que llegó, o por el hecho de que desbarató muchos de mis planes, me puso de repente serio y hasta sombrío.

Desperté a mi hermano y a mi cuñada. Ellos no se sorprendieron ni se alarmaron, y me hicieron sentir un poco tonto a causa del aire de gravedad que había asumido.

Mientras me vestía y me arreglaba, discutimos la situación. Llegamos a la conclusión de que, obviamente, se trataba de una movilización muy limitada, que sólo atañía a un puñado de oficiales de reserva, para recordarles que era necesario estar preparados. Mi hermano y mi cuñada me advirtieron que no cargase con demasiadas provisiones. Ella protestó cuando quise incluir algunos conjuntos de ropa interior de invierno.

—No estás yendo a Siberia—dijo, mirándome como si yo fuese un romántico escolar—. Te tendremos nuevamente en casa dentro de un mes.

Me animé. Hasta podría resultar divertido. Recordé que Oświęcim estaba situado en medio de una bonita extensión de campo abierto. Yo era un entusiasta de la equitación y sa-boreé la idea de galopar por allí en uniforme, montando un magnífico caballo del ejército. Guardé cuidadosamente mis mejores zapatos de charol. Comencé a sentirme cada vez más como si estuviese dirigiéndome a un elegante desfile militar. Terminé mis preparativos con un humor que era casi jubilo-

so. Le hice notar a mi hermano que era una pena que en ese momento no pudiesen emplear hombres mayores. Él me insultó y amenazó con luchar conmigo, para hacerme pagar parte de mi petulancia. Su mujer tuvo que reprendernos a los dos para que dejáramos de comportarnos como niños, y yo debí acabar con los preparativos a toda prisa a causa del tiempo que había perdido.

Cuando llegué a la estación de ferrocarril parecía como si todos los hombres de Varsovia estuviesen allí. Enseguida me di cuenta de que la movilización era «secreta» sólo en el sentido de que no había anuncios públicos ni carteles. Cientos de miles de hombres deben de haber sido convocados. Recordé un rumor que había oído unos dos o tres días antes, según el cual el gobierno había querido ordenar una movilización completa frente a la amenaza alemana, pero los representantes de Francia y de Inglaterra la habían evitado con sus advertencias.⁴ Hitler no debía ser «provocado». Por aquel entonces, Europa aún contaba con la contemporalización y la reconciliación. Finalmente, ante los poco menos que indisimulados preparativos germanos para el ataque, al gobierno polaco se le concedió, con renuencia, el permiso para una movilización «secreta».

Esto lo supe después. En ese momento, el recuerdo del rumor me inquietó tan poco como la primera vez que lo oí. En torno a mí, miles de civiles se apiñaban en dirección a los trenes; cada uno de ellos llevaba un fácilmente reconocible «baúl» militar. Entre ellos se encontraban cientos de oficiales de reserva, acicalados y llenos de vida, algunos de los cuales se saludaban unos a otros y llamaban a voces a sus amigos, mientras, también ellos, se dirigían a empujones hacia el tren. Miré en rededor en busca de un rostro familiar y, al no dar con ninguno, me encaminé hacia el tren.

Tuve que entrar prácticamente por la fuerza. Los vagones estaban llenos de gente; todos los asientos se hallaban ocupados. Hombres que permanecían de pie atestaban los corre-

dores, y hasta los lavabos se encontraban abarrotados. Todos allí se mostraban rebosantes de energía, entusiastas y hasta exultantes. Los oficiales de reserva eran pulcros y rebosaban de confianza; el talante de los civiles era un poco menos ple-tórico, como si a muchos de ellos no les importase interrumpir su trabajo o sus asuntos por una expedición así, por sencilla que pareciera. El motor traqueteó y el tren comenzó a avanzar con lentitud, entre los acostumbrados comentarios de «¡Nos movemos, nos movemos!», que finalmente se alzaron, a grito herido, en un exultante clamor de una excitación pura y falta de sentido, a medida que descongestionábamos la estación e íbamos a toda prisa hacia delante.

Durante el viaje, fue dejándome cada vez más impresionado la seriedad de la situación. Aún no tenía ni el más remoto presentimiento de lo cercana que estaba la verdadera guerra, pero podía ver que esto, obviamente, no era un viaje de placer, sino una auténtica movilización. En cada estación se añadían más vagones, que absorbían nuevas multitudes, ahora compuestas principalmente por campesinos. Éstos eran algo más serios y parecían considerar la probabilidad de una verdadera guerra de un modo un poco más realista. Los muchachos de pueblo, particularmente, entraban en los vagones con lo que a nuestros ojos equivalía a la parodia de una determinación calma, madura y de una firme iniciativa. Todos, sin embargo, aún se veían entusiastas y seguros de sí. Incluso si para entonces el tono, más sosegado, era el de «Hay trabajo que hacer», el ánimo todavía estaba lejos de ser funesto. Excepto, claro está, por las mujeres—esposas, hermanas y madres—, que se agolpaban en las plataformas como numerosas Níobes, retorciéndose las manos, abrazando a sus hombres y procurando aplazar la partida aunque tan sólo fuera por un segundo más. Los muchachos, avergonzados, se habrían arrancado firmemente de los brazos de sus madres.

—Madre, déjame marchar—recuerdo haber oído gritar

a un joven de unos veinte años, en una de las estaciones—. Pronto podrás venir y visitarme en Berlín.

Con las prolongadas paradas que se hacían en cada estación para enganchar los vagones y recibir a los pasajeros, el viaje a Oświecim fue casi el doble de largo de lo que debería haber sido. Para cuando alcanzamos el campamento, ya estaba bien entrada la noche y el calor, el abarrotamiento y la fatiga por las inacabables horas pasadas de pie habían marchitado los lozanos ánimos con los que habíamos empezado. Tras una cena bastante buena, considerando la hora a la que llegamos, nos reanimamos un poco; fui al cuartel de los oficiales en compañía de un grupo de oficiales con los que más o menos me había familiarizado en la confusión. No encontré a todos los oficiales de nuestra división. Dos baterías de artillería montada ya habían sido enviadas a la frontera. Sólo la tercera batería y una reserva se hallaban aún en el campamento.

Mientras caminábamos hacia el cuartel, nos cuidábamos de evitar los asuntos de peso y nos limitábamos a temas de un alcance más inmediato.

El subteniente Pietrzak, un estudiante de la Universidad de Cracovia, comentó que se sentía muerto de cansancio. Al igual que yo, había estado en un baile la noche anterior. Nos dio a entender que la reunión había sido magnífica y glamurosa. Su éxito con las damas, increíble; hasta había tenido que recurrir a maquiavélicos subterfugios para no verse liado con varias beldades importunas. Como sea, se hallaba a unos cuantos portales de su casa cuando vio que un policía subía las escaleras. Aterrado, se echó hacia atrás, preguntándose qué acontecimiento en su imprudente existencia había atraído la atención de la justicia. Luego, para nuestro provecho, pintó un cómico cuadro del lapso que, preso del pánico, había pasado aguardando a que el policía se retirase, su culpable entrada de puntillas en la casa y su mezcla de consternación y de alivio cuando descubrió que su presencia era deseada simplemente en un campamento militar, y no en la corte de justicia.

Al punto, todos los allí presentes pusieron en entredicho y admiraron la historia entera, que dio pie a una serie de anécdotas similares sobre la noche anterior, si bien éstas de una variedad más convincente. Se citaron los comentarios de los parientes y de las esposas, nos informamos unos a otros sobre nuestros orígenes y nuestros intereses, y comenzamos a formar vínculos de amistad que estaban destinados a durar unos pocos y breves días.

Pietrzak, el joven que había relatado la primera historia, se convirtió en mi fiel compañero. Provenía de una familia acomodada y su ocupación, por lo que supe, era cierta nebulosa actividad en el mundo de las finanzas. Como yo, era un apasionado de los caballos y de los libros, y esto, sumado a su exorbitante afán por contar historias, hizo de él un compañero ideal para los próximos y escasos días. Las anécdotas, lo descubrí más tarde, obedecían a una misma fórmula, curiosa e invariable, consistente en un núcleo verdadero al que se rodeaba con cómicas exageraciones y manifiestas invenciones.

Tuve ocasión de escuchar muchas de estas historias en el agradable Club de Oficiales de Oświęcim. La instrucción y la rutina del ejército eran más severas de lo habitual y provocaban considerables refunfuños, pero no nos dejaban lo bastante agotados como para estropear nuestras apacibles noches, y hasta quedaba suficiente tiempo libre para que Pietrzak y yo satisficiéramos nuestro deseo de hacer excursiones a caballo por el hermoso campo de los alrededores, bajo el brillante y despejado cielo del verano polaco.

Es difícil decir por qué, pero, en las noches en el club, casi por mutuo acuerdo, poníamos cuidado en evitar cualquier asunto político que pudiese resultar o demasiado controvertido o excesivamente serio. Cuando, finalmente, nos lanzábamos a estudiar la situación presente y las posibilidades que nos estaban reservadas, nuestras opiniones tendían a confirmarse unas a otras, para, por último, cuajarse en un optimismo uniforme que servía a las mil maravillas para proteger-

nos de la duda, del miedo y de la necesidad de pensar lúcida-mente en los complejos cambios que estaban teniendo lugar en la estructura de la política europea, con una rapidez que ni podíamos ni queríamos comprender. Sé que en mí había una inercia del pensamiento, que simplemente no permitía que mi mente hiciese ningún esfuerzo por entender esta aterradora novedad. Mi modo de existencia, presente y pasado, se habría visto amenazado demasiado profundamente.

También estaban las observaciones que había hecho mi hermano en las horas inmediatamente posteriores a la movilización. Mi hermano, que me llevaba casi veinte años, ejercía un importante cargo gubernamental y había pertenecido, hasta donde mi memoria se remonta, a los «círculos bien informados». ⁵ Las citas que Pietrzak hizo de su padre, que disponía de canales de información todavía más fidedignos, ampliaron y confirmaron el análisis de mi hermano. Otros contribuyeron con fragmentos de información provenientes de parientes y de amigos, así como con sus deducciones personales. La compilación entera, una vez cribada, nos dejaba con la conclusión de que nuestra movilización era simplemente la respuesta polaca a la guerra de nervios nazi. Alemania era débil y Hitler se tiraba un farol. Cuando viese que Polonia era fuerte, y que estaba unida y preparada, se echaría atrás rápidamente y todos regresaríamos a casa. De lo contrario, ese pequeño y ridículo fanático recibiría una severa lección de Polonia y, si fuese necesario, de Inglaterra y de Francia.

Una noche, nuestro comandante dijo:

—Esta vez no habrá necesidad de Francia e Inglaterra. Podemos terminar esto solos.

Pietrzak comentó con sequedad:

—Sí, señor, somos fuertes, pero..., bueno..., siempre es agradable estar bien acompañados.

La noche del primero de septiembre, a eso de las cinco de la mañana, mientras los soldados de nuestra división de artillería montada dormían tranquilamente, la Luftwaffe, ru-

giendo, atravesó la breve distancia que había hasta Oświęcim sin ser detectada y, sobrevolando nuestro campamento, procedió a rociar la región entera con una llameante lluvia de bombas incendiarias. A esa misma hora, cientos de tanques alemanes, poderosos y modernos, cruzaban la frontera y arrojaban una tremenda descarga de obuses en dirección a las ruinas en llamas.

La magnitud de la muerte, la destrucción y la desorganización causadas en sólo tres horas por este fuego combinado fue increíble. Para cuando recobramos el juicio lo bastante como para valorar la situación, estaba claro que no nos hallábamos en posición de ofrecer una resistencia seria. No obstante, unas pocas baterías, por obra de algún milagro, se las arreglaron para mantenerse unidas el tiempo suficiente para arrojar algunos proyectiles en dirección a los tanques. Hacia el mediodía, dos baterías de nuestra artillería habían dejado de existir.

Los cuarteles estaban casi por completo en ruinas y la estación de ferrocarril había sido derribada. Cuando se hizo evidente que ninguna resistencia seria nos era posible, comenzó la retirada, si puede llamársela así. Nuestra batería de reserva recibió la orden de partir de Oświęcim en formación, llevando nuestras armas, provisiones y municiones en dirección a Cracovia. A medida que marchábamos por las calles de Oświęcim hacia el ferrocarril, los habitantes comenzaron a dispararnos desde las ventanas, para nuestro absoluto estupor y consternación. Se trataba de ciudadanos polacos de ascendencia alemana, la quinta columna nazi, quienes anunciaban de esta manera su nueva filiación. De inmediato, la mayoría de nuestros hombres quiso atacar y prender fuego a todas las casas sospechosas, pero los oficiales superiores lo impidieron. Semejantes acciones habrían desorganizado nuestra marcha, y eso era precisamente lo que pretendía hacer esa quinta columna. Por otra parte, en esas mismas casas vivían también polacos leales y patriotas...⁶